

El milagro de existir
P. Fernando Pascual
4-5-2026

Toda existencia tiene algo de misterioso. Esta piedra, esta casa, esta persona, existen. Pero la piedra, la casa y la persona podrían no existir.

¿Por qué existen? Las explicaciones pueden ser exhaustivas, hasta llegar a un punto misterioso del pasado donde empezaron los átomos a moverse de un modo único y sorprendente.

Pero el momento inicial de todo el universo no se explica a sí mismo, sino que nos pone ante una causa, un origen, que está más allá y más lejos de todo lo material: un Dios que, en un acto misterioso de amor, quiso que el mundo empezase a existir.

Luego, el proceso cósmico avanzó a través de etapas y cambios sumamente complejos, hasta que llegamos un día a encontrarnos con una piedra, con una casa y con una persona, que podrían no existir, pero que están aquí, ante nosotros, con todo su misterio y sus potencialidades.

En cierto sentido, todo existir es un milagro, porque tiene algo de sorprendente y de maravilloso, porque nos pone ante un designio eterno que, en la mente de Dios, quiso que cada realidad empezase a existir en un momento concreto de la historia.

Incluso uno mismo, yo que pienso y que amo, yo que veo piedras, casas y personas, soy un milagro, porque sé que no existo como algo necesario, sino que solo puedo explicar mi existencia por una conjugación de mil causas que dieron un día origen a mi cuerpo y a mi alma.

Aquí estoy, como un prodigio surgido de las manos de Dios (*Sal* 139,14), como un milagro que convive con millones de milagros, como un ser humano que se maravilla ante ese don maravilloso de la vida, que empezó un día en esta tierra y que está llamada a existir, eternamente, en el corazón enamorado de un Dios que ama todo lo que ha creado (cf. *Sab* 11,24-26).